



El G-20, o los límites “civilizatorios” del capitalismo

Por **MARÍA VICTORIA VALDÉS RODDA**

FUE uno de esos tantos encuentros en que se juega a lavar las conciencias con una declaración final que solo esboza los problemas al sesgo, sin plantearse males de fondo. Sin embargo, esta cita de los jefes de Estado y de Gobierno de los países económicamente más influyentes del mundo será recordada por el lucimiento de la República Popular China (RPCH). Sí porque el último intercambio del G-20, en Argentina, se distinguió de las anteriores dada la fuerte rivalidad entre los Estados Unidos y el gigante asiático, que de no resolverse complicaría aún más la situación planetaria.

Bajo el título “Construyendo consenso para un desarrollo justo y sostenible”, los reunidos en Buenos Aires abordaron temas tales cambio climático y comercio también en nombre de sus pueblos, lo cual resulta una paradoja, porque el principal contaminador (EE.UU.), sigue aferrado a la egoísta postura de desconocer lo pactado en París en 2015. El actual inquilino de la Casa Blanca advirtió que “la principal economía del mundo seguirá apostando al crecimiento utilizando todas las fuentes de energía y tecnologías”.

Observadores de izquierda destacan entre los resultados de la cita la meta de una reforma de la Organización Mundial del Comercio (OMC) que debería respaldar la libre competencia e iría contra la piratería de productos, aunque sin un cronograma concreto. No obstante, en un lenguaje profesional y diplomático, según nos lo explica en **Rebelión** Julio Gambina, “el G-20 difícilmente puede referenciar la realidad de la concentración de la riqueza y del ingreso que se explicita en el poder del uno por ciento más enriquecido de la población mundial. Pero también en los 192 millones de desempleados que acusa la OIT en su Informe sobre el empleo en 2018”.

Este analista reconoce que el texto consensuado por el G-20 explicita algunos de los principales problemas contemporáneos, si bien, en su opinión, se trató de un inadecuado ejercicio colectivo, pues los fenómenos abordados “son expresiones de los límites civilizatorios de la actual sociedad capitalista. Los participantes han suscrito una declaración que no resuelve las disputas, cuando mucho las identifica”.

A despecho de estas deficiencias, tuvo lugar un cara a cara entre Donald Trump y Xi Jinping, donde el primero anunció no incrementar del 10 al 25 por ciento los aranceles impuestos por los Estados Unidos a productos chinos valorados en 200 000 millones de dólares, algo que había amenazado con hacer a partir de enero próximo. Se acordó asimismo un período de 90 días para sostener nuevas negociaciones. Beijing, por su parte, informó que le comprará al Norte mercancías agrícolas, energéticas, industriales y otras, como forma de compensar el déficit comercial de USA con la RPCH.

Sin ninguna duda esta Cumbre sí tuvo un ganador y ese fue Xi Jinping, quien es depositario del prestigio de una nación con la que todos –o casi todos– desean tener las mejores relaciones; no en balde China ya se ha consolidado como el segundo socio comercial de América Latina y el Caribe. Muchos de estos intercambios e inversiones se enmarcan en la Nueva Ruta de la Seda. Y en ese carro se ha montado también Argentina, con la firma de 30 acuerdos bilaterales.

Luego, antes de seguir hacia Portugal, el mandatario asiático viajó a Panamá. El país mundialmente famoso por su Canal, de esta forma desafió el chantaje del secretario de Estado yanqui, Mike Pompeo, el cual en octubre conminó al Presidente istmeño a no “abrirle las puertas a China”. Y Juan Carlos Varela no solo recibió cordialmente a Xi, sino que también, en apenas 24 horas, suscribió con su homólogo 19 memorandos y convenios que se suman a los 20 ya existentes. Demostración fehaciente de que las acciones pueden rendir frutos para los más urgidos en dependencia de la firmeza con que se arropen.

Mas el mundo, se sabe, anda patas arriba, y eso una Cumbre del G-20 no lo cambiará. Entonces, como ya es habitual, cada vez que se suceden estas reuniones se reactiva el sentir popular, y Argentina no fue una excepción: varias fueron las plataformas de denuncia contra las políticas de ajuste neoliberales del FMI y contra la gestión del mandatario Mauricio Macri. Se calculan en 60 000 las personas que desfilaron en un espectro diverso para decir basta de amagos “civilizatorios” del capitalismo.